

vida de los ROS

abor moldeadora de la mujer. Y si nuestra acción de hoy lo ha sido en relación con algunos nombres venerados en los altares, el propósito no es otro que demostrar esta eficacia femenina hasta en aquellos señalados la divina gracia.

De Patricio tuvo Santa Mónica a San Agustín; Dios tenía reservada a Santa Mónica la gracia de moldear para la Iglesia uno de sus primeros puntales, aunque para ello tuviera que recorrer un doloroso camino. Porque no fué el futuro santo en su mocedad modelo de virtudes.

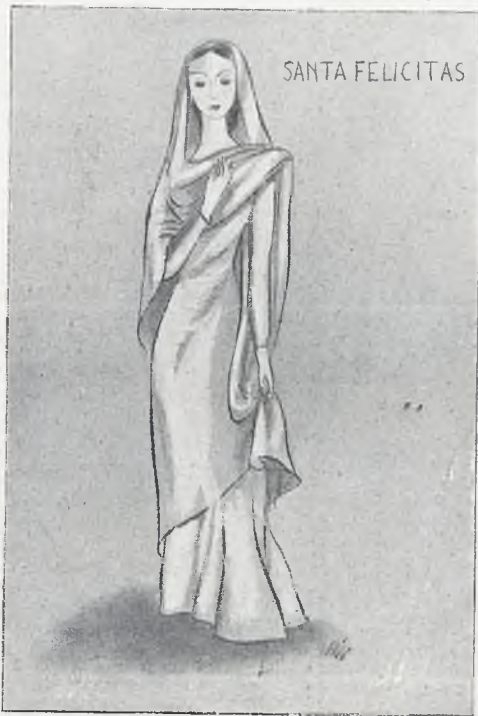
Enredado anduvo en vicios y liviandades, despreciando la verdadera fe y abrazando las creencias más disparatadas. Día y noche, sin cesar, la madre, llorando, rogaba a Dios que convirtiera al pecador, llevándole al seno de la religión verdadera, para lo que solicitaba de todas las personas virtuosas la gracia de sus consejos al hijo, comprado a precio de tantas lágrimas.

Deseando ampliar sus conocimientos, Agustín abandonó Cartago, pasando a Roma. Quiso impedirlo su madre, sin conseguir su propósito. No satisfecha con el auxilio que sus constantes oraciones le procuraban, decidió su viaje a Roma, realizándolo en ocasión de una terrible tempestad que puso en gran riesgo la nave que le conducía. Y dirigiéndose, ya en Italia, a Milán, donde Agustín enseñaba retórica. La conjunta labor de la buena madre y San Ambrosio consiguieron la conversión y el bautizo de aquel hijo tan tenazmente defendido del mal, y fué bautizado a los treinta y cuatro años de edad. Como si el cielo esperase este feliz momento, para llevarse consigo a tan virtuosa mujer, poco tiempo después, regresando juntos madre e hijo, con intención de partir hacia Castel, al llegar a Ostia le acometió violenta enfermedad, que en nueve días la consumió. Contaba la santa al morir cincuenta y seis años.

El mismo San Agustín ha expresado en su prosa inagotable la redención a su madre dolida. "Con mayor solicitud me paría mi madre en espíritu que me había parido en la carne, y no veo cómo ella pudiera curar la llaga que le hiciera el verme morir de aquella manera y de qué provecho hubieran sido aquellas oraciones tan continuas y fervorosas que ella por mí, a Vcs, señor, hacía. ¿Pudierades Vos, que sois Dios de las misericordias, despreciar el corazón contrito y humilde de una viuda sobria y casta, que hacía tantas limosnas y servía con tanto cuidado a vuestros siervos y cada día os ofrecía ofrenda en vuestro altar, y la mañana y la tarde venía infaliblemente a la Iglesia para oír vuestra palabra y ser oída de Vos en sus oraciones?"

SANTA FLORENTINA, hermana de San Leandro, San Isidoro y San Fulgencio

Sobre los tres hermanos, San Isidoro, San Leandro y San Fulgencio, influyó poderosamente esta santa mujer, nacida en la ciudad de Cartagena. De San Isidoro, el menor de los tres varones, le había sido confiada por sus padres la educación y guarda. Un día vio cómo cercábanle con numeroso enjambre las abejas, que, sin molestarle, entraban y salían de su boca. Esta visión le reveló el destino glorioso que a su hermano el cielo le tenía destinado, y para ayudar a sus desig-



nios intensificó los estudios que le daba Leandro, muy especialmente de lengua latina y Santas Escrituras, a fin de convertirse en la muestra digna que su hermano Isidoro merecía. Para mejor consagrarse a su Dios tomó el hábito de San Benito.

En su honor, San Leandro compuso su libro, llamado *De la institución de las vírgenes*; Isidoro lo hizo de dos excelentes tratados, guiándole con excelentes consejos por el camino de la santidad. Por último, San Fulgencio, cediendo gustoso a sus invitaciones, le ayudó a fomentar y propagar la vida religiosa entre las doncellas que se entregaban a Dios.

SANTAS FELICITAS Y SINFOROSA, madres de los Macabeos

Fueron estas santas mujeres madres cada una de siete hijos canonizados por la Iglesia, y sufrieron con ellos el tormento, alentándolos, para que no desmayasen en los bárbaros instantes del suplicio. "Hijos míos—decía la madre de los Macabeos—, yo no sé cómo fuisteis concebidos en mi vientre, porque yo no nos he dado el espíritu, el alma, la vida que tenéis, ni la forma a vuestros miembros; mas aquel Señor, que es fuente original de todas las cosas, os crió de nada y os dará otra vez por misericordia la vida, porque ahora menospreciáis vuestras vidas por guardar sus mandamientos". "Mirad, hijos míos—exhortaba Santa Felicitas—al cielo, donde está Cristo con todos sus santos. Pelead valerosamente por vuestras almas y mostraos fieles y constantes en el amor a Jesucristo."

Santa Sinforosa había visto morir a su esposo, el bienaventurado San Getulio Zotico, del que había tenido los siete hijos que hicieron honor a su fe recibiendo el martirio. Y cuando el tirano, con promesas y blanduras, primero; feroces amenazas y torturas, después, pretendía conseguir rindiesen homenaje a los ídolos, ella amonestaba a sus hijos alentándoles a perseverar en su firmeza, sin desmayar ante los sufrimientos que los sayones les inferían. "No os dejéis vencer por mí, que soy mujer flaca. Varones santos y debéis recibir con alegría el tormento que os acerca a Jesucristo. Acordaos de vuestro padre, imitad su ejemplo y valor. Miradme a mí cómo sé morir. ¡Poco es el tormento para el galardón que nos espera!"

SANTA ESCOLASTICA, hermana de San Benito

Hay entre San Benito y Santa Escolástica, hermanos gemelos, una identidad tal de fe, de fervor, que hace pensar, si la circunstancia de haber nacido ambos en el mismo parto no fuese obligada, ante similitud tan poderosa. Consagrados los dos hermanos al servicio de Dios, cuando San Benito erigió el famoso monasterio del monte Casino, vivió que tantos sabios y santos ha dado a la Iglesia, Escolástica edificó junto a él otro de religiosas, que dirigió con notable prudencia y celo. Sentía el santo tal admiración por su hermana, que pasaba a su lado horas y más horas en piadosa plática, maravillado de la altura de sus conceptos. Una vez al año solía visitar Escolástica el convento de San Benito, que recibíala con todos los honores que su virtud merecía, saliendo a su encuentro en unión de toda la comunidad. Tuvo la santa, en la postrera de estas visitas, revelación de la proximidad de su muerte, y deseando pasar en coloquios espirituales aquella noche, rogó a su hermano se quedara en el edificio cercano al convento donde ella había sido aposentada.

Negóse San Benito a este deseo, pero la santa púscase en oración, solicitando del Señor causa que le impidiese salir. Y ante el asombro del santo desatóse una gran tempestad de agua truenos y relámpagos que le obligó a permanecer junto a su hermana toda la noche. A los tres días murió Santa Escolástica; San Benito supo el momento mismo del trance por una singular visión, en la que vio el alma de su hermana como una blanquísima paloma ascendiendo al cielo. Su cadáver fué trasladado por orden de San Benito a la sepultura que a él estaba destinada,

